

pantoso; y clavando sus ojos arrasados en lágrimas en el cielo, exclamó con el acento de la desesperacion.

—¡He matado á mi hermana!....

Y cayó sin sentido sobre el cuerpo yerto de la desgraciada María.

Al grito dado por Matilde, aúdió Miguel que entraba en aquel momento á su casa, y se sorprendió con la vista de aquellos dos cuerpos que yacían el uno sobre el otro.... Retrocedió espantado algunos pasos hácia la puerta, y llamó á Pablo diciéndole que llevara una luz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

Una historia.

Las diez del siguiente dia sonaban en el reloj del convento del Cármen, cuando un hombre de arrogante presencia y finos modales, atravesaba la solitaria plazuela de San Sebastian.

De pronto se detuvo enfrente á una casucha de pobre aspecto, miró la letra que en su frontis ostentaba, y seguro de que habia dado con lo que buscaba, penetró sin subir escalon ninguno, por una frágil puerta, á la húmeda habitacion á que conducia, y que estaba al nivel del suelo de la plazuela.

—¡Don Enrique!

33988

Exclamó corriendo á su encuentro, una jóven que habia estado cosiendo en un rincón del cuarto.

—¡No me esperaba vd. todavía, no es cierto, hermosa Pilar?

—¡Ah!... sí; el corazón me decia que iba á tener el gusto de verle á vd. muy pronto.

—Y hubiera venido antes, á no haberme lo impedido el temor de llegar á una hora tal vez inoportuna.

—A todas puede vd. venir con toda confianza á esta humilde choza que está á su disposición.

—Mil gracias.

—Pero tenga vd. la bondad de sentarse.

Y Pilar le presentó una silla, á la vez que entornaba un poco una hoja de la puerta, con objeto de que los que pasaban por la calle, no se enterasen de lo que dentro hablaban.

Enrique examinó de una ojeada, cuanto habia en aquel cuarto, única pieza que tenia la habitacion, y no pudo menos de sorprenderse del aseó que en él reinaba, y del gusto de los sencillos muebles que veia.

Era precisamente el cuarto que podia servir de modelo para dar á conocer con toda exactitud, la manera con que están adornados todos los de la clase pobre de México.

Arrimada á la pared, y en uno de los ángulos de la accesoria, estaba el banco de cama de Pilar, de tres cuartas de alto, pintado de verde, sobre el cual descansaba un delgado colchon con limpias sábanas, y una colcha de indiana con grandes flores, encima de la cual se veia un vistoso petate de Xochimilco, bastante fino, puesto con objeto de resguardar el lecho del polvo que con frecuencia entraba de la calle: á los piés de esta modesta cama, se extendia otro petate, algo mas ordinario, que servia de tapete. En el ángulo que estaba á un lado de la puerta, se descubria una curiosa hornilla, con una ollita en que se cocia el puchero, junto al cual se veian unas tenazas para arreglar la lumbre y un aventador para avivarla. A un lado de esta hornilla, y colocado con primorosa simetría, se encontraba colgado en la pared, lo que en Mexi-

eo llaman el *tinajero*, adorno que no falta en ninguna vivienda de la clase pobre y artesana de aquel país, ni en muchas de las cocinas de las casas principales, donde la cocinera es curiosa y de gusto. En este *tinajero* se veían mil figuras curiosas, hechas de aromático barro de Puebla y de Guadalupe, pequeños jarritos de diversos tamaños, pintados de varios colores, figurando perros, gallos, elefantes, monos y pavos: anchas tazas coloradas, matizadas de amarillo, llamadas *jicaras*, hechas de la corteza de una calabaza particular que se conoce con el nombre de *guaje*; un número considerable de éstos, pero pequeñitos y enteros, matizados de verde y oro, atados por un extremo con una cinta azul de la que estaban colgados; diversidad de cazuelitas de todos colores; curiosos jarritos con multitud de graciosas figuras; algunos pequeños ídolos de barro sacados de Santiago Tlaltilco, en que enterraron sus dioses y penates los antiguos indios, y otra porción de agradables objetos que forman un conjunto risueño y encantador, que no es dable ana-

lizar sin un vivísimo interés. En los ángulos laterales del fondo del cuarto, estaban dos rinconeras de poco precio, pero muy bien barnizadas, sobre una de las cuales descansaba un espejo reclinado hácia la pared, y sobre la otra una macetita de albahaca: en los cuatro lados de las paredes, se veían estampas de la virgen de Guadalupe, de la Soledad, del Cármen, de los Remedios, de la Santísima Trinidad y del Señor de Chalma, pegadas con engrudo por las puntas, pero veneradas por la jóven que las había elegido por compañía, como si estuvieran colocadas en los mas lujosos marcos. El pavimento de aquella reducida vivienda, era de malas vigas mal empalmadas, pero que respiraban limpieza, gracias al trabajo que se tomaba todos los dias Pilar para tenerlas en aquel estado: el resto del adorno que ostentaba la pieza, se reducía á ocho sillas colocadas con simetría en la pared del fondo y las dos laterales, teniendo por tapete un petate estrecho, matizado de encarnado y amarillo.

Pilar advirtió la curiosidad con que En-

rique examinaba su estancia, y adivinando lo que en su imaginacion pasaba, le dijo:

—Esas sillas, esas rinconeras y algunas otras cosas que vd. advierte aqui, las compré ayer tarde, con parte del dinero que vd. se dignó darme.

—¿Será posible?

—Sí señor, porque lo poco que tenia, lo he ido vendiendo para comer.

—¿Es decir que estaba vd. en la miseria?

—Pero en la miseria mas espantosa.

—¿Tan hermosa y tan desgraciada!

—Mi hermosura, si alguna he tenido alguna vez, ha sido el origen de todos mis males.

Y como si aquellas palabras le recordasen algun funesto pasaje de su vida, asomó á sus megillas la sangre que las nacaré por un momento.

Enrique fijó entonces la vista en aquella mujer, cuya dulce voz conmovió su alma generosa, y la encontró mas hermosa que nunca.

Parecia que la desgracia habia comunica-

do á su dulce fisonomía esas tintas suaves, seductoras y tiernas que acompañan á la melancolia del justo que descansa en su limpia conciencia.

Y efectivamente; Pilar estaba hermosa como una de esas vírgenes de Rafael ó de Murillo, en cuyo rostro se retratan á la vez el dolor del cuerpo y la tranquilidad del alma: mezcla extraña, pero cierta, de la materia y el espíritu, de la amargura y del placer, del sentimiento y la resignacion, de la tristeza y del amor; conjunto inexplicable, pero íntimo, que solo es dado trazar á distinguidos génios, y sentir á privilegiadas almas.

Pilar vestia un traje pobre, pero limpio y airoso: un vestido de indiana café, con pintas blancas, envolvia aquel esbelto cuerpo acostumbrado á la fina muselina y rico gró: un pañuelo pequeño de seda, púesto con suma gracia, descansaba sobre sus ebúrneos hombros: un zapato bien hecho de mahón, y una media blanca de algodón, ceñian su pequeño pié que en otro tiempo solo sintió en su delicado cútis la fina y blanca seda;

un rebozo de algodón, matizado de negro y blanco, con que se embozaba, realzaba el bello contorno de su expresiva y blanca faz, y la irresistible mirada de sus expresivos ojos.

—También este traje, añadió Pilar notando que era el objeto de la atención de Enrique, lo desempeñé ayer, para poderme presentar con más decencia á los ojos del hombre generoso que se interesa por mi suerte.

—No hablemos de mi generosidad, hermosa Pilar: hablemos de vd.; de sus desgracias, de la manera de remediarlas, de lo que ha sufrido vd.

—¡Ah!.... sí; yo tengo necesidad de aparecer desgraciada y no criminal á los ojos de las personas que aun se acuerdan de mí.

—Escucho á vd. con la atención del médico que trata de salvar al paciente.

—Salvarle es ya imposible; pero al menos quépale el inefable consuelo de saber que le compadecen.

—Sean cuales fueren los sucesos que va vd. á relatarme, esté vd. persuadida de que

mi corazón estará dispuesto á hacer por vd. lo que haría por una hermana.

—¡Cuánto tengo que agradecer á vd., D. Enrique! y de ninguna manera podría probarle á vd. la distinción con que le miro, que contándole la historia amarga de mi vida, cuyo recuerdo me ruboriza y me desgarró el corazón. Juzgo á vd. impuesto de los acontecimientos de la noche próxima al día en que debíamos salir expulsos de México mi padre y yo.

—Sí; estoy informado de ellos, y de cómo le sacaron á vd. de su casa, en tanto que D. Andrés corría á salvar á su hijo Carlos, engañado por un agente de algún malvado, cuyo nombre es lo único que ignoramos.

—Ese malvado se llama Rossi.

—Lo sospechaba.

—Pues bien, en cuanto aquellos hombres me colocaron desmayada en el coche, se dirijieron á un callejón extraviado, y me condujeron á una casa, en la cual me destinaron una pieza donde me encerraron, y donde al abrir los ojos me encontré sola

con mi amargura y con mis temores. No tuve que traer á la memoria lo que me habia pasado, porque en el corazon tenia impreso todo, sin olvidar una sola de las circunstancias que precedieron al desmayo, y por lo mismo, mi primer cuidado fué correr á la puerta para ver si estaba abierta y huirme; pero por mi desdicha, la encontré cerrada, y me senté llena de miedo, rogando á Dios vigilara por mí. A poco sentí correr el pasador de la puerta, dando entrada al autor de todas mis desdichas; al pérfido Rossi. Ninguno le acompañaba: entró solo, y cerró la puerta tras sí.

Yo que otras veces procuraba evitar su presencia porque me horrorizaba, entonces corrí á su encuentro desolada, me arrojé á sus piés, y con las lágrimas en los ojos le pregunté por mi padre.... le supliqué me llevase á su presencia porque mi separacion le costaria la vida.... aquella vida tan llena de amargura en el último tercio de ella, y por la cual hubiera dado la mia.

“Pilar, me dijo Rossi, manifestando compadecerse de mis penas, y levantándose

del suelo: ¿está vd. pronta á hacer un sacrificio por ese anciano cuya tranquilidad le interesa á vd. tanto?”—¡Ah!.... todo, todo.... hable vd.... ¿qué debo hacer? “Venecer la repugnancia contra un hombre cuyos delitos no reconocen otro origen que el amor hácia vd.: ahogar en su corazon el cariño consagrado á un jóven que aborrezco con todas mis potencias, porque me roba la ternura de esa alma celestial que adoro, y unir con lazo eterno vuestra suerte, vuestros intereses y vuestra vida, á la vida, á los intereses y á la suerte del que, en un acceso de zelos y de desesperacion, os ha arrancado del hogar doméstico.”

Yo quedé estática al escuchar aquellas palabras.

El amor de aquel hombre me infundia mas terror que su mismo odio.

Mis miembros se estremecieron con el frio del espanto, y permanecí muda, sin pronunciar una sola palabra.

Rossi atribuyó mi silencio á un motivo menos desfavorable para él: creyó que mis pasiones y mi razon, mantenian una lucha

noble, en la cual triunfarian los sagrados deberes de hija; y juzgando que con sus palabras acabaria de inclinar la balanza hácia éste lado, cogió mi mano, que permanecia helada, diciéndome: "Pilar, una palabra de amor va á devolver la felicidad á vuestro padre, y á mí la ventura de toda la vida: diga vd., pues, que me ama, como yo le amo; que nunca se separará vd. de mi lado.... que jura vd. ser mia para siempre como yo juro por lo mas sagrado de nuestra religion."

Y al terminar estas palabras, llevó á su boca mi mano, que la retiré espantada al sentirla abrasada por el fuego infernal que despedian sus ardientes labios.

"¡Ah!.... ¡imposible!.... ¡imposible....! Exclamé yo retirándome algunos pasos, dominada de un invencible terror á la vista de aquel hombre, en cuyos encendidos ojos veia no sé qué de siniestro y de satánico que me hacia estremecer. Me parecia que la pasion que se retrataba en sus pronunciadas facciones, animadas entonces por la abrasadora llama de su funesto cariño, era

la pasion de los réprobos que ofende á Dios, y que rechaza la naturaleza.

"¿Me desprecia vd?".... gritó exaltado de furia al verme retirar, y acercándose á mí hasta agarrarme del brazo: vd. me ha preguntado por su padre: me ha dicho vd. que estaba pronta á hacer un sacrificio por salvarle, por estar á su lado; y al poner á prueba su amor filial, rechaza vd. la ligera condicion que se le impone para la realizacion de su ventura.... Pues bien, yo no he entrado aquí para recibir condiciones, sino para imponerlas.... vd. está en mi poder, y nadie podrá arrancarla de este sitio: D. Andrés saldrá al amanecer para España, y vd., sola y abandonada, no tendrá mas remedio que doblegarse á la suerte, y ser mia de grado ó por fuerza.

Aquellas últimas palabras me hicieron comprender realmente todo lo crítico de mi situacion.

Estaba bajo el poder de aquel hombre que habia jurado mi desgracia, y de cuyo poder no podia salir ya en mi vida....

¡Ah!.... ¿qué hacer para lograr mi liber-

tad sin ceder á las exigentes pasiones de aquel monstruo, y no exaltar su alma con mi negativa?... Yo queria volver al lado de mi padre.... acompañarle en su destierro.... consolarle en su desgracia....

“Pilar... continuó Rossi sacudiéndome el brazo, y fijando en mí su mirada amenazadora;—por la última vez le dejo á vd. la libertad de volver al lado de su padre, con la condicion de que antes jure vd. por la salvacion de su alma y en nombre de Dios, ser mia para siempre.

“¡Ah!.... lo que yo juro para dejar satisfecho vuestro amor propio, si me devolveis á mi anciano padre, es no ser jamas del hombre á quien debí unirme hace pocos dias: del hombre que ha despertado vuestros zelos; del hombre que amo, y á quien matará mi negativa.... ¿Estais satisfecho?

Y yo pedí á Dios la gracia de una fortaleza sin límites para llevar á cabo un sacrificio superior á mis fuerzas, pero que era el único que encontraba para volver al lado de mi padre y hacer menos amargo su próximo destierro.

“No, me contestó Rossi; el sacrificio ha de ser completo: romper con mi rival y contraer conmigo los lazos que debieron uniros á él: ¿qué respondeis?—Que sois un monstruo que abusais de vuestra posicion y del abandono de una débil y desgraciada mujer.—¿Pero accedeis ó no á mi proposicion? responded; contestó Rossi con la mayor sangre fria.—Haced que vea primero á mi padre, y despues resolveré.—Eso nunca: le vereis despues de haber hecho el juramento solemnemente de ser mia.—¿Y por qué no antes?... —Porque.... porque así conviene á mi intento.

¡Ah!.... entonces comprendí que su empeño no era otro que arrancarme un juramento para alcanzar sus siniestras miras, sin que abrigase la intencion de restituirme á mi querido padre. Indignada con aquella conviccion, le eché en cara su hipocresía y su maldad, su infame cobardía y el malvado proceder que le convertia en el sér mas odioso á mis ojos.

Entonces se acercó á la puerta para cerciorarse de si estaba cerrada, y satisfecho

de ello, se acercó á mí con el objeto de abusar de mi abandono y de mi debilidad, usando ya de promesas, ya de amenazas que no alcanzaron mas premio que mi desprecio y mi justa indignacion. Yo estaba decidida á perder antes la vida que la honra; y él, conociendo mi firme resolucion, no quiso proseguir molestándome. Toda la noche estuve en continua vigilancia y sin querer tomar alimento alguno. Por la mañana me acosó una sed espantosa, y al entrar un criado á preguntarme si queria desayunarme, le contesté que solo deseaba un vaso de agua. El criado tardó algunos instantes en volver, y despues me presentó el agua apetecida que contenia mi perdicion.

Pilar se estremeció á pesar suyo, y se puso pálida como un moribundo. Enrique participó del horror que para la jóven entrañaba el significado de la última palabra, y trató de consolarla: Pilar continuó.

“Yo bebí el agua fatal con el ansia de un febricitante, y poco despues fuí sintiendo desfallecer mi cuerpo, que mi lengua se entorpecía, y que no tenia fuerza para

sostenerme.... Solo mi vista, mi oído y mi imaginacion, estaban expeditas, en ejercicio activo de sus facultades.... Ví salir al criado echándome una mirada de compasion, y poco despues miré entrar al implacable verdugo de mi ventura, con la satisfaccion en los labios, la lujuria en los ojos, y con el infierno en el corazon!.... Yo me horroricé al considerar en mi espantosa situacion!.... ¡Pedí á Dios con toda verdad que me quitase la vida antes de entregarme al poder de aquel hombre que se dirijia á mí despues de haber cerrado la puerta por dentro!.... ¡mis ruegos no fueron aceptos al Supremo Juez!.... ¡no era sin duda digna de la gracia que le pedia!.... Rossi llegó á mí.... se sentó á mi lado.... sentí sus infernales caricias que me horripilaban.... que me estrechaba en sus brazos.... ¡Ah!.... yo creia morirme.... aquellos brazos y aquellas caricias eran para mí mas terribles que la soga que echan al cuello de un ahorcado!.... quise gritar y no pude.... ¡La materia estaba muerta, exánime, mientras los sentidos estaban mas despiertos que nun-

ca.... conocia mi espantosa situacion, y no me podia alejar de mi verdugo.... Procuré retirar con mis manos las tuyas, y no pude moverlas.... ¡Dios mio!.... ¡qué horribles instantes fueron aquellos para mí!.... Los ojos de Rossi estaban fijos en los míos, que no podia cerrar á causa de mi extrema debilidad... sus labios se sonreian, y su sonrisa me hacia estremecer!.... Despues.... despues, D. Enrique.... cuando recobré mi fuerza y mi vigor, fué para maldecir mi vida.... para conocer que era una mujer envilecida y perdida para siempre!....

Y Pilar se cubrió el rostro con ambas manos, y derramó un raudal de lágrimas. Enrique, sin poder resistir la indignacion que le habia causado la villana conducta de Rossi, exclamó exaltado de ira.

—¿Y vive ese monstruo?.... ¿Y tolera la sociedad á ese malvado?.... ¡Ah!.... no.... es preciso que desaparezca para siempre del mundo!....

Así que los suspiros permitieron el paso á las palabras, continuó Pilar su historia de esta manera.

—“Pero no paró aquí. Rossi se habia propuesto hacerme apurar hasta las heces el cáliz del infortunio, y dispuso una canoa que me condujera á Chalco, á una casa dispuesta por él para que nadie supiera mi paradero.

—Sé ese pasaje de la historia, y el golpe fatal que recibió D. Antonio al verle á vd. pasar por debajo del mirador de la casa que él ocupaba.

—¡Ah!.... ¿por qué no corrió entonces á salvarme de las garras de mi perseguidor?...

Exclamó Pilar con sentimiento.

—Porque le fué imposible: quiso hacerlo, pero se encontró conque le habian encerrado, y con un piquete de soldados en la puerta.

—¿Será posible?.... ¿Y yo que le acusa-ba de este descuido.... de esta falta de osadía para perseguir á mi raptor!....

—Mil vidas hubiera dado por verse libre para poderlo verificar.... Pero continúe vd., Pilar, continúe vd. su historia, pues estoy pendiente de sus palabras.

—Lo haré para terminar pronto. “Al lle-

gar á Chalco, me condujeron á una casa fuera de la poblacion, dispuesta de antemano por Rossi. Allí, juzgándome acaso menos escrupulosa en mi virtud, insistió en su proyecto de unirse á mí; yo rechacé indignada su proposicion, haciéndole ver todo el horror que me inspiraba su presencia. Entonces me colocó en una alcoba retirada donde me dejó sola, diciéndome al salir, que reflexionara bien lo mas conveniente á mi tranquilidad.

—Pero ese hombre es un monstruo.

Pronunció Enrique indignado.

—Pero un monstruo que se disfraza con el manto de la hipocresía.... y á quien solo conocen sus tristes víctimas.... Es el malvado astuto que nunca se presenta de frente, temiendo hacerse sospechoso, consiguiendo por otros medios sus reprobados fines.

En aquel momento un hombre que acababa de cruzar la plazuela, se detuvo junto á la puerta de la accesoria de Pilar.

—Está entornada—dijo para sí—¿habrá alguno dentro?

Y se arrimó cuanto pudo á la puerta, con objeto de escuchar.

—¡Sí!—continuó admirado.—Pilar no está sola.... hay un hombre con ella.... ¿quién será?... ¡Han entornado la puerta para no ser vistos....! ¡Y hablan en voz tan baja, que es imposible oír la menor cosa!.... ¡Ah!.... es preciso entrar para acabar de una vez....

Y el hombre iba á empujar la puerta, cuando se detuvo de repente.

—No—pensó—es mejor esperar á que salga ese hombre.... le veré, y en vista de quién es, podré obrar.

—Por la sombra que advierto—dijo Pilar—debe haber alguno en la puerta, que trata de oír nuestra conversacion.

Y Enrique se asomó al dintel, pero nada vió, porque para entonces el hombre se habia retirado, y permanecía en la puerta de la iglesia de San Sebastian, en acecho de la persona que esperaba ver salir.

—No está nadie:—dijo Enrique volviendo á sentarse—fué la sombra, sin duda, de

alguno que pasaba. Puede vd., pues, continuar sin recelo su relacion.

—Yo conocí mas que nunca la crítica situacion en que me encontraba: conocí que no me quedaba otro remedio que optar entre mi deshonra y la muerte, y me resolví por esta última. Una vez tomada resolucion tan extrema, rechacé con la misma indignacion las amenazas de Rossi como sus ofertas: él esperó entonces valerse del medio reprobado con que me habia hecho desgraciada; pero resuelta á perder la vida antes de volverme á encontrar sin fuerzas y sin defensa para poderme evadir de aquel monstruo, me negué á tomar nada de lo que me llevaban: me propuse morir de hambre y de sed, convencida de que en el agua y la comida me servirian mi deshonra.

Enrique miró con asombro á aquella jóven llena de virtud, cuyo rostro habia ido tomando una animacion celeste, al hablar de la defensa de su honor.

Pilar iba á seguir su historia, pero el reloj del Cármen dió la hora entonces mismo, y se levantó apresurada.

—¡Las once! . . . —dijo— ¡qué pronto se me ha pasado el tiempo!

—¿Ya va vd. á salir?

Le preguntó Enrique.

—Tengo que estar con la comida en la Acordada á las doce, y ya ve vd. que está lejos. Siento mucho no poder permanecer mas tiempo, pero ya ve vd. que no es por falta de voluntad, sino por precision.

—¿Y no podré saber antes de separarnos quién es esa persona á quien lleva vd. la comida?

—Si vd. tiene empeño en saberlo, ahora mismo se lo diré; pero si le es á vd. indiferente esperar un dia mas, yo le agradecería á vd. se aguardase hasta que en la historia de mis infortunios haga su papel.

—Tengo una satisfaccion en complacer á vd., y en respetar sus justos deseos.

—Mil gracias.

—Pero al menos estará vd. ya á salvo de la persecucion de Rossi?

—Todo lo contrario, ahora mas que nunca tiene empeño en alcanzar mi amor.

Contestó Pilar, mientras colocaba la comida en la canasta.

—¿Será posible?....

—Casi todos los días viene á visitarme, á pesar de mis desprecios: se vende por amigo de ese hombre que gime preso, y yo no puedo prohibirle la entrada en casa.

—Pero....

—Todo lo sabrá vd., D. Enrique, otro día que tenga vd. la bondad de repetir la visita que me ha inundado hoy de gozo.

—¡Ah!.... estoy interesado en ello, y volveré, Pilar: sí, volveré mañana.

—Cuando vd. guste, ya sabe vd. que esta humilde casa está á la disposicion de usted.

—De todas maneras, sea cual fuere esa persona á quien vd. va á ver á la Acordada, tengo algun influjo en el gobierno, y yo daré los pasos necesarios para que le dejen en libertad.

—Gracias....

—¡Lo desea vd?

—Infinito.

—Pues cuente vd. con mi cooperacion: adios.

—Adios, D. Enrique.

Y éste salió á la calle, asombrado de lo que acababa de oir, y resuelto á hacer por Pilar todo lo imaginable, para cambiar por completo su suerte.

—¡Era Enrique....—dijo el hombre que se habia quedado observando detras de la puerta de la iglesia.—Está visto que esos dos amigos me han de perjudicar en todos mis planes amorosos. ¡Y la cosa, por lo visto, debe estar adelantada....! Cuando yo entro, la puerta queda abierta de par en par, pretestando el *qué dirá la vecindad*; pero ahora parece que no ha habido ese temor con Enrique, pues estaba entornada para evitar las miradas de los curiosos. No; pues es preciso averiguar algo.... voy á entrar aunque sea un momento.

Y el hombre cruzó la plazuela, y penetró en la accesoria, cuando Pilar ponía la canasta en el brazo para salir.

—¡Hola, hola!—dijo con intencion maligna y observando los objetos de la pieza:—

parece que se ha operado una mutacion completa en la fortuna!... ¡Ha sacado vd. la lotería, Pilar?

—¿Por qué lo dice vd., señor Rossi?

Contestó la jóven abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

—Porque veo sillas nuevas, rinconeras, y otra porcion de curiosidades que antes no habia.

Y al decir esto trató de cerrar un poco la puerta, pero Pilar se lo impidió, diciendo:

—Ya sabe vd. que me gusta tener abiertas las puertas para evitar murmuraciones en el vecindario.

—Menos cuando entran á vernos, debia vd. añadir, personas de nuestro agrado, personas que estimamos, que....

Y Rossi se sonrió de una manera que indignó sobremanera á la jóven.

—¿Señor Rossi!—dijo Pilar con dignidad.—Yo no recibo en mi casa otras personas que las que me respetan: las demas no las recibo yo, entran á mi pesar.

El sardo se mordió los labios al verse

aludido en las últimas palabras, y contestó con tono áspero y desabrido.

—Dejémonos de hipocresías: vd., por mas que trate de aparecer como la mujer mas impecable, tiene vd. sus debilidades como todas.

—¿Señor Rossi!

Dijo indignada Pilar.

—Y yo lo aplaudo; eso es otra cosa:—continuó el sardo sin cuidarse del enojo de la jóven.—Sobre todo, cuando la persona es elegante y fina como la que hace un instante estuvo aquí con vd.

—Señor Rossi, esa persona es un verdadero, un desinteresado amigo.

—Lo creo—contestó con aire irónico el sardo—; Dios me libre de hacer juicios temerarios! pero estoy seguro de que por santo que él sea, sus visitas no le harán mucha gracia al otro que está encerrado.

—Dentro de pocos dias no lo estará, gracias á ese hombre que vd. insulta, y tendré el gusto de recibirle delante de todo el mundo.

—¡Libre Pedro!

Esclamó con acento de duda Rossi.

—Sí, señor, libre. Pero hacedme el favor de permitir que salga, porque están al dar las doce, y está lejos la Acordada.

Rossi no tuvo que contestar, y salió despidiéndose de Pilar.

Esta cerró la puerta con llave, la guardó en el bolsillo del delantal, colocó bien en el brazo la canasta de la comida cubierta con una servilleta blanca y muy limpia, y se dirigió á toda prisa á la Acordada, antes de que sonara la hora.

CAPITULO V.

El pomo de veneno.

Dijimos en otro capítulo que á los gritos dados por Matilde al reconocer en la víctima á su hermana, acudió Miguel que entraba en aquel instante en su casa, y que retrocedió horrorizado á la vista de aquellos dos cuerpos, que yacían el uno sobre el otro: que espantado con la terrible escena que á sus ojos se presentaba, dió algunos pasos hácia la puerta, llamando á Pablo, y diciéndole que llevase una luz.

A los desafortados gritos de su amo, el criado cogió una vela y se dirigió inmediatamente al sitio de la desgracia.